
LENGUA Y ACTOR SOCIAL. UN ENFOQUE TEORICO DE SUS RELACIONES*

Alfonso Pérez-Agote y Benjamín Tejerina

Universidad del País Vasco

RESUMEN. En la primera parte de este trabajo se trata de dar cuenta del redescubrimiento sociológico de la lengua como consecuencia de la crisis de la Sociología de los años sesenta y poner de relieve la escasa importancia concedida a las complejas relaciones entre actor social y lengua. En la segunda parte se intenta descomponer analíticamente la complejidad de estas relaciones, en una multiplicidad de dimensiones.

*El redescubrimiento de la lengua en el contexto
de la crisis de la Sociología*

Las relaciones de los individuos entre sí y, por lo tanto, las relaciones entre individuo y sociedad, en un sentido práctico-concreto y en el sentido teórico más abstracto, están mediadas por el lenguaje. Sin embargo, a

* Este artículo tiene su origen en un trabajo de Alfonso PÉREZ AGOTE, «La aproximación sociológica al problema de la lengua», que era la introducción teórica de un estudio hecho con Jesús AZKONA y con Ander GURRUCHAGA para el Gobierno de Navarra, titulado *Límites geográfico-sociales del euskera en Navarra*, Pamplona, 1985. Largas discusiones entre los dos autores y sustanciosas aportaciones de Benjamín TEJERINA, que ha terminado recientemente su tesis doctoral, sobre *Identidad colectiva y lengua. Imágenes sociales del euskera en el posfranquismo*, han dado como resultado estas páginas. Agradecemos al profesor Jesús M. de Miguel sus comentarios y correcciones; nos han servido para mejorar esta versión del trabajo.

pesar de la centralidad del lenguaje en la vida social, de tal manera que llega a decirse de él que es la institución social por excelencia, la Sociología clásica no ha considerado con amplitud y profundidad al lenguaje como objeto específico y especializado de análisis, salvo raras excepciones. Más bien ha relegado el lenguaje al capítulo de las concepciones básicas, de las relaciones y diferencias entre naturaleza y sociedad, de los prerequisites de la interacción social.

Las afirmaciones anteriores son, seguramente, exageradas, pero en todo caso lo que queremos es resaltar el hecho innegable de que la Sociología contemporánea se preocupa más centralmente del lenguaje como objetivo específico de lo que lo hicieron los padres fundadores de esta ciencia.

La sociología se encuentra en la actualidad aún bajo los efectos de lo que Gouldner llamó «la crisis de la Sociología Occidental»¹, que comenzó en torno a 1960 y supuso la quiebra del predominio teórico y académico casi absoluto de los monismos objetivistas de corte «holista»: funcionalismo y marxismo. Muchas fueron las consecuencias de esta crisis, pero, desde el punto de vista que nos interesa, una muy importante fue la progresiva atención que los sociólogos dedicaron y dedican a lo que genéricamente podemos llamar el mundo de la subjetividad e incluso al mundo de la subjetividad en la cotidianidad.

Se produce en estos últimos veinte años una profunda revisión de antiguos planteamientos teóricos centrados sobre la subjetividad, como son la fenomenología de Husserl, la sociología comprensiva de Weber y el interaccionismo simbólico de Mead, tres fórmulas teóricas que surgen de hombres nacidos en el entorno de 1860. La fenomenología de Berger y Luckman (que pasa por el redescubrimiento teórico de Alfred Schütz), los planteamientos interaccionistas de Blumer y, posteriormente, de la dramaturgia social de Goffman, y la etnometodología de Garfinkel y Cicourel, son, no cabe duda, formulaciones teóricas históricamente representativas de la contemporaneidad sociológica y todas ellas enfocan su objetivo, microscópico, hacia la subjetividad y todas ellas, también, plantean el lenguaje como centro de interés prioritario. Para Goffman, las situaciones sociales tienen su propia estructura, a veces diferente e incluso contraria a las grandes estructuras sociales en las que las situaciones se insertan; el lenguaje discurre y se mantiene a través de situaciones sociales específicas —en particular, aunque no únicamente, en las situaciones cara a cara— cuya estructura determina, es el presupuesto de Goffman, la organización de la conversación². Para los nuevos fenomenólogos, el mundo, la realidad

¹ Alvin W. GOULDNER, *The Coming Crisis of Western Sociology*, Basic Books, Nueva York, 1970.

² E. GOFFMAN, «The Neglected Situation», *American Anthropologist*, vol. 66, núm. 6, 1964.

se construye a través del lenguaje; el mundo se construye en la conciencia del individuo por el diálogo con aquellas personas más significativas de entre sus semejantes y se mantiene como realidad subjetiva a través de parecidas conversaciones con los mismos seres u otros igualmente significativos³. Para Garfinkel y la etnometodología en general, el problema no es tanto saber cómo las reglas lingüísticas estructuran el significado subjetivo, sino saber cómo estructuran la situación, su ordenación; la regularidad de la vida social indica que todas las interacciones se realizan a través de reglas que se dictan en la interacción y que en ésta las podemos descubrir, como científicos y como actores⁴.

La importancia acordada al lenguaje por estas formulaciones teóricas es puesta de manifiesto por la profunda influencia que en ellas han ejercido ciertos lingüistas y ciertos filósofos del lenguaje. No es preciso citar, por sobrepasar este estricto campo, la influencia de Saussure. Más bien nos referimos, en primer lugar, a la influencia específica ejercida por el pensamiento último de Wittgenstein, quien en sus *Investigaciones Filosóficas* establece la determinación del significado por la situación y propone que, al estar la significación —la realidad— expresada en la conversación cotidiana, el filósofo debe dedicarse no al análisis de las condiciones metodológicas para alcanzar científicamente la realidad, sino más bien al análisis del lenguaje ordinario⁵. En segundo lugar, a la influencia de J. L. Austin y su «fenomenología lingüística»; está siendo particularmente productiva, en nuestra opinión, su noción de performatividad aplicada a las sentencias lingüísticas, que no es que digan algo sobre algo, sino que son hacer algo; en realidad, su productividad proviene del campo de reflexión abierto al aplicar la noción a todo tipo de sentencia y así hablar es siempre hacer algo: expresar una situación, mantenerla, reforzarla y, además, mantener la significación de la convención lingüística⁶. Por último, cabe citar la influencia de Chomsky, cuyas nociones de estructura profunda y estructura superficial⁷ han sido extendidas por Cicourel⁸ desde el campo lingüístico al campo social más general para explicar cómo el actor social consigue actuar correctamente en situaciones nuevas para él.

En el interior de las corrientes teóricas a que estamos aludiendo, el lenguaje ocupa una posición central en la producción de la realidad y en su mantenimiento, en el mantenimiento y en el cambio de las situaciones

³ Peter L. BERGER, *Para una teoría sociológica de la religión*, Kairós, Barcelona, 1971, p. 34.

⁴ Harold GARFINKEL, *Studies in Ethnomethodology*, Prentice Hall, Englewood Cliffs (N. J.), 1967.

⁵ Ludwig WITTGENSTEIN, *Philosophical Investigations*, Oxford University Press, Londres, 1953.

⁶ J. L. AUSTIN, *Cómo hacer las cosas con palabras*, Paidós, Barcelona, 1982.

⁷ Noam CHOMSKY, *Language and Mind*, Harcourt, Nueva York, 1972; *Aspects of the Theory of Syntax*, MIT Press, Cambridge (Mass.), 1965.

⁸ Aaron V. CICOUREL, *La sociologie cognitive*, PUF, París, 1979.

sociales, de la ordenación social y de los significados para los actores. El lenguaje es objeto directo de estudio no sólo en su aspecto oral en situaciones cara a cara, sino también en su vertiente escrita (cartas); el lenguaje es analizado generalmente en el contexto de una situación social específica, siendo aquél significante e incluso mantenedor de ésta⁹.

Por último, cabe añadir la confluencia de la Semántica Etnográfica, y más generalmente de la Etnografía de la Comunicación, con, sobre todo, la etnometodología. Son particularmente relevantes en este sentido los trabajos de antropólogos cognitivos como Dell Hymes, Charles Frake y H. Couklin¹⁰.

En general, podemos ver cómo estos tipos de análisis toman el lenguaje como variable independiente. Otra forma de análisis que también parte de la consideración del lenguaje como variable independiente podría estar constituida por aquellos trabajos que, en una u otra forma, parten de la hipótesis Sapir-Worf. En nuestra opinión, tales trabajos pueden catalogarse en dos categorías. En primer lugar están una serie de discursos que bajo tal hipótesis justifican la diferencialidad étnica de una comunidad y que, por tanto, se trata de discursos no exactamente científicos, aunque tan legítimos como el científico, sino más bien de discursos directa o indirectamente políticos, en el sentido de que tratan de promover una forma específica de conciencia de grupo. En segundo lugar, cuando el análisis pretende ser rigurosamente científico, la pregunta inmediata que se plantea es a través de qué mecanismos el lenguaje puede determinar la concepción del mundo; pero a partir de este momento el horizonte problemático que se abre es totalmente nuevo. Lo que estamos planteando está, en nuestra opinión, perfectamente definido por D. Hymes:

«Con particular referencia a la hipótesis Sapir-Worf, es esencial advertir que la clase de relativismo lingüístico de Worf es secundario, y dependiente de un relativismo sociolingüístico primario, el del diferente imbricamiento de las lenguas en la vida social. Por ejemplo, la descripción de un lenguaje puede mostrar que éste expresa un

⁹ Para una revisión de una amplia serie de trabajos sobre el lenguaje en diversas situaciones sociales (conversación telefónica, exámenes médicos ginecológicos, cartas de respuestas justificativas realizadas por directores de periódicos, etc.), confrontar Mónica B. MORRIS, *An Excursion Into Creative Sociology*, Columbia University Press, Nueva York, 1977, cap. 4.

¹⁰ D. HYMES, «The ethnography of speaking», en T. Gladwin y W. C. Sturvenant (eds.), *Anthropology and Human Behavior*, Anthropological Society, Washington, 1962; «Introduction: toward ethnographies et communication», *American Anthropologist*, vol. 66, núm. 6, part. 2, 1964, pp. 12-25 (reproducido en P. P. Giglioli, ed., *Language and Social Context*, Penguin Books, Harmondsworth, 1980, pp. 21-44); como editor, *Language in Culture and Society*, Harper and Row, Nueva York, 1964; C. O. FRAKE, «The ethnographic study of cognitive systems», en Gladwin y Sturvenant (eds.), *op. cit.*; «How to ask for a drink in Subanon», *American Anthropologist*, vol. 66, núm. 6, part. 2, pp. 127-132; H. COUKLIN, «Linguistic Play in its Cultural Context», *Language*, vol. 35, 1959, pp. 631-636.

cierto estilo cognitivo, lo que quizás es una presunción metafísica, pero la posibilidad que tiene el lenguaje de marcar a los individuos y sus conductas dependerá del grado y las pautas de su admisión en los eventos comunicativos (...). Más particularmente, si una lengua es tomada como mecanismo para la categorización de la experiencia, éste no es un mecanismo en abstracto. Permanece la cuestión sobre cuál puede ser el conjunto de eventos comunicativos en los cuales se da esta categorización dependiente de la lengua»¹¹.

En general, y no sólo con respecto a la hipótesis Sapir-Worf, es preciso recalcar con fuerza que la lengua, como sistema de reglas, no es un dato de la realidad social, sino una construcción del científico. Ello significa que en la realidad social no encontramos la lengua en abstracto, sino que encontramos expresiones concretas insertas en situaciones y contextos sociales específicos. Tomando la terminología de Saussure¹², a la lengua, como institución social, la encontramos expresada en actos de habla que implican situaciones sociales. Y la utilización de una lengua u otra, en una situación de bilingüismo, o la de una variante, un estilo, etc., dentro de una situación monolingüe, es una utilización que está pautada socialmente. Todo ello quiere decir que no podemos aislar la lengua, como variable independiente, de las situaciones sociales y, por lo tanto, no podemos conocer hasta qué punto una lengua en sí produce por sí misma una forma de categorizar la experiencia. Esto se ve claro si pensamos en una de las múltiples realidades sociales en las que se asiste al proceso de pérdida de función comunicativa de una lengua: no podemos observar este proceso como si ocurriera en una realidad social que no se modifica, sino que la pérdida de utilización de una lengua es el proceso de desaparición de ciertas relaciones sociales que ocurren en situaciones sociales específicas.

En sentido parecido se expresa Bernstein, a quien podemos considerar como prototipo de un tipo de análisis en los que el lenguaje se sitúa fundamentalmente como variable dependiente. En un conocido artículo, Bernstein afirma que la Sociolingüística en general «intenta explorar cómo los sistemas simbólicos son realizaciones y reguladores a la vez de la estructura de las relaciones sociales. El específico sistema simbólico es el habla, no la lengua»¹³. Y en semejante dirección va la distinción de Chomsky entre competencia, en su sentido biológico y platónico, y ejercicio o realización (*performance*), que está sometido a control social. «El código que el lingüista inventa para explicar las propiedades formales de la gramática es capaz de generar una variedad de códigos de habla y no hay

¹¹ D. HYMES, «Toward ethnographies of communication», en P. P. Giglioli (ed.), *Language and Social Context*, op. cit., pp. 32-33.

¹² F. SAUSSURE, *Curso de lingüística general*, Losada, Buenos Aires, 1976.

¹³ Basil B. BERNSTEIN, «Social class, language, and socialization», en Serge Moscovici (ed.), *The Psychosociology of Language*, Markham, Chicago, 1972, pp. 222-242, p. 223.

razón para creer que un código lingüístico es mejor que otro a este respecto. Siguiendo con este argumento, el lenguaje es un conjunto de reglas al que todos los códigos de habla deben acoplarse, pero estos códigos de habla están realizados como una función de la cultura que actúa a través de relaciones sociales en contextos específicos. Las diferentes formas o códigos de habla simbolizan la forma de la relación social, regulan la naturaleza de la situación de habla y crean para los hablantes diferentes órdenes de relevancia y relación»¹⁴. El proceso de socialización es el proceso por el cual el individuo se transforma de ser biológico en ser cultural y, por lo tanto, es el que afecta fundamentalmente, el que modula el ejercicio, la realización (*performance*) lingüística de este individuo. Bernstein se ocupa después de la familia como fundamental agencia de socialización y afirma que es, sin duda, la clase social lo que ejerce la mayor influencia sobre el proceso de socialización en el interior de la familia: «uno de los efectos del sistema de clases es limitar el acceso a los códigos más elaborados»¹⁵.

Otro tipo de análisis que también toman la lengua como variable dependiente son aquellos encaminados a describir y conocer la situación o los procesos lingüísticos de una realidad social concreta. J. A. Fishman define claramente este enfoque de la Sociología del lenguaje diciendo que trata de la totalidad de los «temas relacionados con la organización social de la conducta lingüística, incluyendo no sólo el uso de la lengua en sí, sino también las actitudes con respecto a la lengua, conducta explícita hacia la lengua y hacia los usuarios de la lengua»¹⁶.

Fishman distingue la sociolingüística descriptiva de la sociología dinámica de la lengua, como partes fundamentales de la sociología del lenguaje, dentro de la cual incluye también una sociología aplicable del lenguaje. La sociolingüística descriptiva trataría de la descripción del repertorio de usos lingüísticos y de conductas y actitudes hacia la lengua existente en una colectividad concreta; la única atención al cambio se refiere, en este enfoque, al cambio de situación, incluyendo por tanto el repertorio de las variaciones necesarias del lenguaje correspondiente a diferentes situaciones sociales («dialectos regionales», «dialectos sociales», «dialectos ocupacionales»)¹⁷. Simplemente la dificultad de que dos variedades lingüísticas y, por supuesto, dos lenguas subsistan con la misma función social y, por tanto, la puesta en funcionamiento de un proceso por el cual o bien una variedad desplaza a la otra o bien se da una nueva diferenciación funcional, pone de manifiesto la necesidad de adoptar una perspectiva dinámica en el análisis de la situación lingüística de una realidad social. La sociología dinámica del

¹⁴ B. B. BERNSTEIN, «Social class, language, and socialization», *op. cit.*, p. 226.

¹⁵ *Ibidem*, p. 227.

¹⁶ J. A. FISHMAN, «The Sociology of Language», en P. P. Giglioli, *op. cit.*, pp. 45-58, p. 45.

¹⁷ J. A. FISHMAN, *op. cit.*, pp. 47-51.

lenguaje tiene como objetivo fundamental el análisis de estos procesos que llevan a una situación bien de bilingüismo inestable, correspondiente a una nueva división de funciones entre las lenguas, es decir, a una separación funcional de dominios (clases de situaciones en las que domina cada lengua)¹⁸. Como se puede observar, la necesidad de una sociología dinámica del lenguaje deriva del contacto, la tensión o el conflicto entre lenguas, aunque obviamente deriva también del intento de comprender las transformaciones y diversificaciones (diferentes variedades) que se dan en el interior de una lengua.

La crisis de la Sociología que va tomando cuerpo en la década de los sesenta tiene como una de sus consecuencias un interés renovado por la lengua a partir de los setenta. Este interés por la lengua no se manifiesta tanto en la consideración de la lengua como institución o por sus aspectos institucionales sino, más bien, por las prácticas lingüísticas de los actores sociales, por la centralidad de la lengua como fenómeno social en las prácticas cotidianas.

Los enfoques sociológicos teóricos del mundo de la lengua se centran sobre todo en la dimensión instrumental de la lengua y, más en concreto, en su estricta dimensión instrumental comunicativa. Sin embargo, quienes trabajan empíricamente sobre realidades lingüísticas complejas perciben de inmediato la existencia de otras dimensiones que, paradójicamente, rara vez se reflejan en las construcciones teóricas¹⁹. Vamos a intentar, en la segunda parte, establecer un primer esbozo general de las relaciones entre actor social y lengua.

Múltiples dimensiones de la relación entre actor social y lengua

No obstante lo afirmado en el apartado anterior, tal vez ha sido J. A. Fishman quien mejor ha sabido ver estas dimensiones al definir la sociología del lenguaje como la disciplina que «pretende descubrir no sólo las reglas o normas sociales explicativas y determinantes de la conducta lingüística y actitudes ante la lengua de una comunidad, sino también determinar el valor simbólico que las variedades lingüísticas tienen para los hablantes»²⁰.

¹⁸ J. A. FISHMAN, *op. cit.*, pp. 51-54.

¹⁹ En este sentido se han producido un gran número de investigaciones empíricas cuyos resultados no se traducen en una reconsideración de las construcciones teóricas que utilizan. Por ejemplo, Kathryn A. WOOLARD ha publicado recientemente un trabajo, titulado *Double Talk: Bilingualism and the Politics of Ethnicity in Catalonia*, Stanford, Stanford University Press, 1989, en el que se destaca la importancia de la «dimensión participativa» (*Solidarity*) en el proceso de cambio lingüístico que tiene lugar en las situaciones de lenguas en contacto.

²⁰ Joshua A. FISHMAN, *Sociología del lenguaje*, Cátedra, Madrid, 1982, pp. 37-38.

La definición de Fishman plantea varios problemas de interés para el sociólogo del lenguaje. Por un lado, señala la necesidad de conocer las conductas y las actitudes ante la lengua de los miembros de una comunidad, pero no queda claramente explicitado si éstas se refieren únicamente a la dimensión instrumental de la lengua, es decir, a la lengua como medio de comunicación, o, presumiblemente, alcanza también a otras posibles funciones no comunicativas de la dimensión instrumental. Por otro lado, al señalar la existencia de una esfera de valoración sólo se enuncia el valor simbólico y, en nuestra consideración, ello supone una excesiva reducción de la complejidad de dicha esfera.

Otra deficiencia de su definición procede de la utilización de un concepto de comunidad, lingüística en este caso, heredado de las ciencias del lenguaje. Para Fishman, una comunidad lingüística es todo grupo en el que todos sus miembros comparten al menos una variedad lingüística o las normas de su uso correcto. Pero más adelante añade que en las comunidades lingüísticas de gran tamaño hay dos formas de adquisición y mantenimiento de determinados repertorios o variedades, la integración verbal real entre distintas retículas (retículas de interacción de familia, de amistad, de grupo laboral) y la «integración simbólica de retículas que casi nunca pueden existir en ningún sentido físico. Es más probable que la "nación" o la "región" constituyan una comunidad lingüística de este último tipo»²¹.

Una reconsideración, desde una perspectiva analítica, de las distintas dimensiones y funciones de la lengua es necesaria si se pretende ampliar el campo problemático de las relaciones entre lengua y actor social.

Todo lenguaje, como sistema de símbolos y como cualquier símbolo, tiene una doble función, comunicativa y participativa. «La primera es aquella por la cual el simbolismo sirve para la transmisión de mensajes entre dos sujetos o entre una pluralidad de sujetos. La segunda es aquella por la cual el simbolismo favorece o hace llamada a un sentimiento de pertenencia a grupos o colectividades, o, incluso, sirve para expresar formas de pertenencia o, en fin, concretiza ciertas características de la organización de los grupos o colectividades (...). Por supuesto, las dos funciones de los símbolos no son excluyentes entre sí; se puede decir en particular que el simbolismo de comunicación favorece la participación y que el simbolismo de participación establece diversas formas de comunicación (...). En realidad, casi todos los símbolos cumplen al mismo tiempo las dos funciones, según modalidades diversas, aunque ciertos símbolos tengan como misión más específica el promover la participación de los miembros de un colectivo (...) mientras que otros son más específicamente símbolos de comunicación»²².

²¹ *Ibidem*.

²² G. ROCHER, *Introduction a la sociologie générale. I. L'action sociales*, HMH, París, 1968, p. 90.

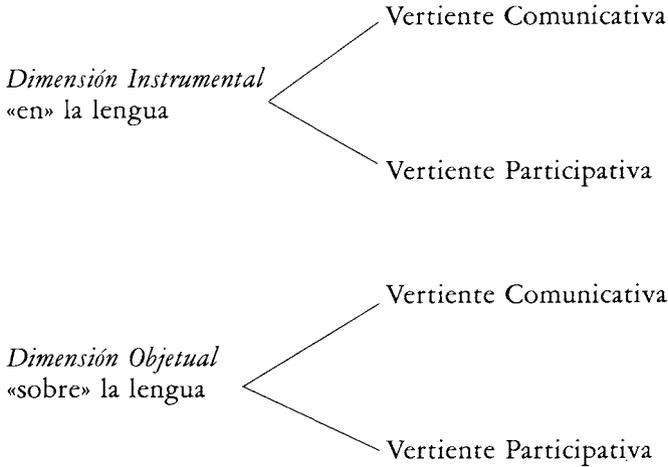
Parece evidente que los símbolos están socialmente especializados en alguna de las dos funciones. Podríamos incluso afirmar que, desde luego, para la participación es precisa una comunicación, aunque ésta sea muy simple, y que, llevando las cosas a un extremo más teórico que práctico, para la comunicación se necesita de la participación, aunque entendida ésta en un sentido no subjetivo de pertenencia, sino de pertenencia objetiva al grupo donde la convención de significación funciona. En nuestra opinión, pues, no son simétricas las relaciones participación - comunicación y comunicación - participación.

La comunicación, desde un punto de vista lógico, no necesita de sentimiento subjetivo de pertenencia. Sin embargo, desde un punto de vista sociológico, podemos afirmar que la función participativa de un símbolo especializado en función comunicativa está latente, pues en determinadas situaciones sociales puede hacerse efectivo. Imaginemos, por ejemplo, una relación cara a cara entre dos amigos, una conversación mantenida en un bar de una ciudad donde no existe «problema lingüístico», es decir, donde todos hablen la misma lengua y hablarla, por lo tanto, en sí, no signifique nada; en esta conversación el lenguaje es un puro instrumento de comunicación; puede ser un instrumento para la participación si está sirviendo para la interrelación definidora de un microgrupo social; no parece que sea instrumento de tal participación si la conversación es una discusión en la que los interlocutores están estableciendo precisamente sus diferencias, ideológicas o deportivas, por ejemplo; imaginemos, por último, que cuando la conversación, amigable o conflictiva, está discuriendo entra un extranjero y afirma en alto que el lenguaje autóctono, en el que se mantenía la conversación, es una lengua de necios; es previsible que ambos conversadores, amigos o adversarios, actúen al unísono frente al recién llegado y se establezca una nueva discusión sobre el lenguaje; la idea misma del lenguaje autóctono será instrumento de participación en un colectivo, el autóctono, y esto independientemente de la lengua que se utilice para entenderse en la última discusión; si en ésta se utiliza el lenguaje extranjero, la lengua autóctona comienza a cumplir una función puramente participativa, pues ya no es utilizada como vehículo de comunicación, sino como símbolo de participación en un colectivo que se sitúa frente a otro.

Una lengua es una institución social muy compleja. Una determinada forma fonética puede ser significativa del *status* social de quien la utiliza, de su origen geográfico, etc. Pero además, y es algo que nos interesa desde el punto de vista de nuestro trabajo, en una realidad social en la que se da más de una lengua, la lengua en sí, cada lengua puede ser significativa de la pertenencia a ciertos colectivos (no necesariamente lingüísticos) y la puesta en situación social de la lengua puede hacerse a través de un acto comunicativo mantenido en la lengua en cuestión o a través de un acto comunicativo sobre la lengua en cuestión: hablar en la lengua es socialmente significativa, como es significativa lo que se dice sobre ella y como

es significante la lengua que se utiliza para decir algo sobre una lengua.

Pero debemos intentar descomponer analíticamente el problema de la lengua en una variedad de dimensiones. Por un lado, hemos dicho que los actores se comunican y participan a través de la lengua. Por el otro, hemos dicho que los actores mantienen actitudes y valoraciones sobre la lengua.



Es decir, que, desde el punto de vista de los actores, la lengua puede ser utilizada como instrumento o considerada como objeto. Y dentro de la utilización de la lengua como instrumento, éste puede ser de comunicación y de participación. La consideración de la lengua como objeto nos lleva a plantear lo que podemos llamar el problema de la imagen social de la lengua, en sentido amplio, pues incluye imágenes, actitudes y valoraciones. Esta dimensión objetual (consideración de la lengua como objeto) o imagen social de la lengua tiene aspectos cognitivos, valorativos y emotivos (adhesión o rechazo, sentimientos positivos o negativos). Obviamente, la relevancia de ciertos aspectos analíticos (el instrumental participativo y el de la imagen social) es tanto mayor cuanto más complicada sea la situación lingüística y, sobre todo, cuanto más fuerte sea la competencia entre lenguas para monopolizar una misma función social, en el sentido que daba a esta cuestión J. A. Fishman, como hemos visto.

Dentro de la dimensión instrumental, conviene advertir que no son fácilmente separables la función participativa de la función comunicativa. En nuestra opinión, en los símbolos que podemos denominar simples y cuya función es primordialmente participativa, el contenido, la materia (el significado de la comunicación y, analógicamente, de la participación) prácticamente coinciden. Es el caso de una bandera, por ejemplo: lo que

significa y en lo que se participa se equivalen. En realidad se trata de símbolos de grupo, tanto más necesarios para mantener el grupo cuanto más amplio es éste y más difícil es la interacción directa entre los miembros²³. En las formas simbólicas específicamente comunicativas, aquellas en las que el mensaje es el objetivo directo del símbolo o sistema de símbolos, el contenido de la comunicación es fácilmente diferenciable analíticamente del sentido, de la referencia de la participación²⁴.

La dimensión instrumental comunicativa o participativa se realiza siempre «en» la lengua²⁵; una utilización instrumental comunicativa es la que tiene por objeto entenderse con otro. Hay una utilización instrumental participativa, cuando hablo en la lengua con la intención, al margen de lo que digo, de que se me reconozca como miembro de un colectivo, es decir, de identificarme con él; por tanto, de diferenciarme de otro u otros colectivos. La utilización instrumental participativa siempre lleva incorporada una dimensión objetual; esto significa que la lengua se hace significativa de otras cosas que no son las que se dicen en la lengua. La lengua es, en esta situación, además de un acto comunicativo, un símbolo de otro significado simbólico, que puede ser un grupo étnico, una categoría social, un territorio, una clase social, etc.

La participación a través de la lengua en un colectivo puede realizarse bien hablando en la lengua del colectivo (en la lengua significativa de la pertenencia al colectivo), bien hablando en otra lengua sobre la lengua del colectivo o bien hablando en la lengua del colectivo sobre la lengua del colectivo. Por esta razón en nuestro cuadro teórico hemos distinguido una dimensión instrumental participativa de una dimensión objetual participativa²⁶. Siempre que se da la primera se da la segunda. Pero no a la inversa, como cuando se habla a favor de una lengua en otra lengua, o como cuan-

²³ Recordar, en este sentido, la distinción de Nisbet entre agregado social y agregado estadístico. El primero añade al segundo la conciencia de pertenencia, que puede ser mantenida a través de la interacción o mediante símbolos. R. NISBET, *Introducción a la sociología. El vínculo social*, Vicens Vives, Barcelona, 1975 (en especial, cap. 5).

²⁴ Imaginemos —caso frecuente— el caso en que dos personas, pertenecientes a una realidad social en la que se da la competencia de dos lenguas por asumir la misma función comunicativa en los espacios públicos, terminan su conversación, mantenida en una de las lenguas, única que conocen, en la otra lengua. Con esta simple despedida en la otra lengua quieren significar que la han perdido y, sobre todo, que participan del grupo de los que la quieren recuperar. Es claro que aquí el contenido de una simple palabra de despedida (significado en la función comunicativa) no coincide con la referencia de la función participativa (el grupo en el que se quiere participar). Pero la función puramente participativa es también comunicativa: cada uno informa al otro de su pertenencia a través de una especie de «metamensaje».

²⁵ La palabra «instrumento» puede ser equívoca, pues en ocasiones esa utilización es consciente, estratégica, por parte del individuo, pero en otras no es consciente, no es controlada.

²⁶ Hablamos de dimensiones de la lengua, pero en realidad más que dimensiones de la propia lengua son dimensiones de la relación entre lengua y actor social.

do un angloparlante habla a un castellanoparlante en inglés para que éste no entienda y se sienta excluido de un colectivo. La dimensión objetual también puede referirse a la función comunicativa de la lengua, como cuando se afirma que es muy difícil aprender a hablar determinada lengua o variedad lingüística o que hablar una lengua es útil para encontrar un puesto de trabajo.

Queda, por último, especificar de qué tipo pueden ser los aspectos fundamentales de la imagen social de la lengua (dimensión objetual) y cuáles pueden ser las relaciones entre esta imagen social y la dimensión instrumental de la lengua.

La dimensión objetual incluye las imágenes, actitudes y valoraciones sobre la lengua que son necesariamente observadas a través de comportamientos. Estos comportamientos pueden ser lingüísticos (decir algo en la lengua, decir algo sobre la lengua) y no lingüísticos (inscribirse en un centro para aprender la lengua). Estos comportamientos pueden ser «naturales» o provocados por las preguntas del cuestionario del científico social.

Desde el punto de vista de la necesidad de analizar una realidad social concreta, lo que nos parece más interesante es las valoraciones que de la lengua hacen los actores, observables a través de respuestas a estímulos directos (preguntas) y a través de comportamientos sociales de alta relevancia lingüística. Lógicamente, al conocimiento de este tipo de valoraciones puede llegarse a través del análisis secundario de datos numéricos existentes, a través de la observación directa del comportamiento de los actores y a través de las preguntas formuladas por el investigador a los actores.

Desde el punto de vista de las valoraciones sociales de la lengua conviene situarse mentalmente en escenarios sociales en los que se dé un contacto entre lenguas, porque es en estas situaciones sociales en las que se da una mayor relevancia social de las valoraciones de la lengua y, en general, de las distintas dimensiones.

No conocemos la existencia de modelo teórico alguno que pretenda recoger con exhaustividad los diferentes tipos de valoraciones que de la lengua pueden hacerse, lo cual hace razonable el pensar que debe ser una observación heurística de la realidad concreta objeto de estudio la que dicte al sociólogo cuáles son los tipos más relevantes de valoración. En todo caso, sí conviene resaltar ya desde ahora la existencia de tres esferas de valoración que son fundamentales.

La primera de ellas es la esfera de la valoración pragmática. Los actores pueden valorar la lengua en un sentido pragmático, en términos de ser un medio de integración social (acceso al medio de intercambio comunicativo generalizado, acceso a determinados medios y grupos sociales, etc.) o en términos de mayores y mejores oportunidades de trabajo o en términos de ser una obligación para la obtención de un título o la ocupación de un puesto de trabajo.

En segundo lugar tenemos, en íntima relación con la esfera anterior, la esfera de la valoración en términos de prestigio, tanto social como cultural. En principio parece que esta esfera puede confundirse, al menos en parte, con la esfera pragmática, pero queremos diferenciarla en el sentido de que una valoración pragmática positiva puede llevar a una actitud negativa, de rechazo (o una valoración pragmática negativa puede llevar a una actitud positiva de adhesión a la lengua). Es decir, que en definitiva ambas esferas son pragmáticas, pero la esfera que hemos llamado pragmática recubre un sentimiento de utilidad (o inutilidad) de poseer la lengua como instrumento para otros fines, mientras que la esfera del prestigio recubre el sentimiento, el deseo (o el rechazo) de poseer la lengua en sí, como símbolo de algo, que puede ser de *status* social. La esfera del prestigio hace referencia al campo del liderazgo cultural o social y, en general, del *status* de los grupos que la hablan. La distinción entre esfera de prestigio y esfera pragmática es, como vemos, difícil de establecer teóricamente, pero en la práctica los actores distinguen bien entre, por ejemplo, tener que aprender una lengua y querer aprender una lengua. «Tener que aprender una lengua» provocaría una cierta actitud de rechazo si no va acompañado de «querer aprender esa misma lengua».

El término prestigio social es polisémico, y hasta cierto punto equívoco, pues ciertamente es una valoración pragmática y, también, una valoración simbólica, es decir, como símbolo de *status* social, de diferenciación social, con lo que de alguna manera está remitiendo al ámbito de la función participativa en un determinado grupo de referencia. Teniendo en cuenta que «el prestigio de las lenguas puede variar notablemente de un contexto a otro para los mismos interlocutores, así como de una retícula lingüística a otra, en la misma comunidad lingüística»²⁷, parece claro que el prestigio de la lengua está en relación con el grupo de referencia de sus hablantes. Si estamos en lo cierto, el prestigio social remite a dos aspectos, aunque en la realidad están muy relacionados, la consideración hacia la lengua de un grupo que funciona como grupo de referencia y el reconocimiento del poder social, históricamente y contextualmente variable, de dicho grupo. En tal sentido parece manifestarse Fishman cuando, hablando del prestigio, sostiene que «no se trata del prestigio míticamente invariable de una lengua o variedad lingüística, sino más bien del destino o la suerte altamente variables de sus hablantes. Los triunfos del inglés, español o portugués en el Nuevo Mundo son un triunfo del poderío físico, del control económico y del poder ideológico. Ninguno de estos factores es en sí lingüístico, pero las lenguas que resultan estar asociadas con tales fuerzas y desarrollos poderosos pueden suponer una serie de ventajas a sus hablantes, mucho mayores que las de los que no hablan estas lenguas»²⁸.

²⁷ Joshua A. FISHMAN, *Sociología del lenguaje*, Cátedra, Madrid, 1982, p. 159.

²⁸ *Ibidem*, p. 162.

El prestigio social hace referencia al poder social y al reconocimiento del poder social de la lengua. Poder (prestigio) que puede venir definido en términos lingüísticos, en términos sociales (función participativa o simbólica de la lengua, del grupo de hablantes de la lengua como grupo de referencia) y/o en términos políticos. Lo que sucede, en realidad, es que cuando los actores sociales evalúan el prestigio social de una lengua, se superponen estos tres distintos ámbitos²⁹. Las valoraciones sobre el prestigio social son altamente complejas y exigirían, para su correcto análisis, un mayor espacio del que aquí podemos dedicarle³⁰.

La tercera esfera que queremos resaltar es la de las valoraciones que genéricamente podemos llamar políticas, que bien pueden estar recubiertas de un discurso en términos étnicos, culturales o directamente políticos. Las valoraciones políticas pueden venir referidas a una solidaridad étnica que puede tener un valor político e incluso, a veces, puede ir ligado al valor prestigio y puede ser un valor de *status*, de solidaridad en términos genéricos con tu propio *status*. Esta esfera es particularmente relevante en aquellas realidades sociales en las que encontramos conflictos o tensiones sociales que tienen relevancia lingüística, es decir, realidades sociales en las que se da un proceso de competencia entre lenguas por el monopolio de una misma función social y en las que, al mismo tiempo, se da una conciencia traumática de la desaparición progresiva de la lengua más débil.

²⁹ Si, como afirma Fishman en su obra *Sociología del lenguaje*, op. cit., el prestigio de una determinada lengua puede cambiar al pasar de un estrato social a otro dentro de la misma comunidad lingüística, y puede verse modificado también para los mismos interlocutores en diferentes contextos sociales, es posible que uno de los mecanismos del funcionamiento del prestigio social pueda encontrarse en la relación entre contexto social y posición social de los hablantes. En este sentido, conviene diferenciar entre prestigio social y prestigio lingüístico. Por ejemplo, dos agricultores que establecen una interacción social en cualquier situación de la vida cotidiana tenderán a expresarse en su lengua sin plantearse ningún problema ni del prestigio de la lengua que hablan ni de su posición social. Pero cuando uno de ellos va al médico para consultar sobre un problema de salud, independientemente de la lengua que utilicen (supongamos que ambos se comunican en el mismo código) en la interacción que se establece a continuación —en muchos casos no lo es—, las distintas posiciones que ocupan en la escala del prestigio social ambos interlocutores puede, y de hecho así suele suceder, hacerse significativa. El agricultor puede tomar conciencia de que ocupa una posición inferior en la escala del prestigio social, e intentará presentar ante el médico una imagen más respetable de la que mantendría en otra situación social. Sin embargo, en un contexto plurilingüe —imaginemos que los dos van a la ciudad—, la lengua puede hacerse significante de la situación social (como agricultores en un medio urbano y/o como hablantes de una lengua o variedad lingüística en un medio donde predomina otra lengua o código lingüístico), estableciéndose una valoración sobre el prestigio diferencial entre ambas lenguas en ese medio y/o entre su condición de agricultores en un medio urbano.

³⁰ Las valoraciones que denominamos de prestigio social hacen referencia a la lengua como símbolo de *status* y al prestigio que tiene una lengua, pero en realidad es una esfera de valoraciones en la que se interfieren otros ámbitos de valor. Esperamos poder realizar en un futuro próximo una investigación de carácter experimental sobre las esferas de valoración y, más en concreto, sobre la aplicación del esquivo concepto de prestigio social al campo de la lengua.

Los procesos de desaparición o de pérdida de función comunicativa de una lengua son más fácilmente observables que los procesos por los cuales una población concreta llega a ser autoconsciente de aquéllos, atribuyéndoles significación política (en el genérico sentido antes expresado).

En una realidad social concreta deben ser analizadas las concretas relaciones entre la dimensión instrumental y la dimensión objetual de la lengua. Las relaciones son necesariamente complejas. En general, el esbozo esquemático de dimensiones, funciones y esferas de valoración que hemos establecido en este artículo debería servir como primer instrumento de análisis del panorama lingüístico de una realidad social, así como de su devenir.